

nizados en veinte batallones, que si bien estaban destinados á cubrirse algún día de gloria bajo el valiente Poniatowski, en la actualidad, novicios y poco aguerridos, sólo servían para excitar la risa de nuestros soldados. Al ver todo esto Napoleón, decayó su ánimo de regenerar á la Polonia, y por el conocimiento que adquirió del país, renunció á trastornar por él el continente. Sin dudar de su propio poder, tenía ya una idea más exacta de los obstáculos que la naturaleza puede oponer al ejército más heroico, y una opinión menos favorable del proyecto que le impulsaba hacia las llanuras del Norte. Propendía ya más por lo tanto á no desoir las proposiciones pacíficas, sin renunciar por esto á ninguna de sus pretensiones, porque estaba convencido de que á la vuelta de la primavera podría arrollar cuantos ejércitos se le opusiesen. No veía en ninguna negociación encaminada á hacer la paz más que una economía de tiempo y de hombres, pues por lo tocante á los peligros, se juzgaba capaz de vencerlos todos, cualesquiera que fuesen.

Después de la batalla de Eylau empezaron á menudear los parlamentos entre Königsberg y Osterode. Bajo la primera impresión de esta batalla, envió Napoleón al general Bertrand á decir al rey Federico Guillermo que estaba pronto á devolverle sus Estados, pero sólo hasta el Elba, lo cual, si bien acarrea para este príncipe la pérdida de las provincias de Westfalia, Sajonia y Franconia, ó lo que es lo mismo de una cuarta parte de la monarquía prusiana, le aseguraba por lo menos la devolución de todo lo restante. Había añadido Napoleón, que, apreciando mucho al monarca que reinaba en la Prusia, prefería concederle esta restitución á él mismo á hacérsela á la Rusia. El desgraciado Federico Guillermo, á pesar de la magnitud de este sacrificio, á pesar de que sus soldados se habían conducido con honor en Eylau y de reconocerse un tanto recuperado en el concepto de sus aliados, no se hacía ilusiones, y la batalla de Eylau, que los rusos llamaban casi una victoria, era á sus ojos una verdadera y sangrienta derrota, sin más diferencia con las de Jena y de Austerlitz que haber costado más sangre francesa y no haber producido resultados tan definitivos, merced á la estación. Estaba persuadido de que á la primavera pondrían los franceses un término á la guerra pronto y desastroso; pero la reina y el partido de la resistencia, excitados por los últimos acontecimientos militares y por las influencias de la Rusia, muy cercanas desgraciadamente en Königsberg, no apreciaban la situación con el mismo sano juicio que el rey, y dictando una respuesta evasiva á las palabras amistosas que el general Bertrand tenía encargo de transmitir, estorbaron que se sacase partido de la buena disposición de ánimo de Napoleón, momentáneamente pacífico.

Así, pues, el encarnizamiento de la lucha con la Rusia hizo que Napoleón propendiese un momento á la amistad de la Prusia. Muy de desear hubiera sido que haciéndole completa justicia y restituyéndole no sólo sus provincias de allende el Elba, sino también las de la parte de acá, hubiera tratado de granjársela definitivamente con una acción tan generosa y política. Pero viendo que el rey Federico Guillermo volvía á mostrarse débil, perplejo y subyugado, se convenció nuevamente de que no podía contar con esta potencia, y desde entonces ya no pensó más en ella sino para menospre-

ciarla, maltratarla y mutilarla. Sin embargo, menos alucinado ya que después de la batalla de Jena, inclinábase nuevamente á creer que para dominar el continente y desterrar el influjo inglés, esto es, para *vencer al mar por la tierra*, no sólo necesitaba triunfos militares, sino además una fuerte y poderosa alianza. Así lo creyó después de Marengo y de Hohenlinden; así lo creyó después de Austerlitz y antes de Jena; después de la victoria de Jena, aunque lo creyó lo mismo, pareció olvidarlo momentáneamente. Pero tal fué también su idea después de Pultusk y de Eylau, y meditando siempre sobre su situación en medio de los obstáculos de aquella guerra, se preguntaba á sí mismo qué alianza podría contraer. Descartada la Prusia, quedaban la Rusia, con la cual estaba en guerra, y el Austria, que bajo las apariencias de la neutralidad, disponía armamentos á sus espaldas.

Aunque la corte de Rusia, excitada por las sugerencias británicas y por la jactancia del general Benningsen, pareciese más animosa que nunca, sus generales, sus oficiales y sus soldados, que soportaban el peso de aquella tremenda guerra, que se veían reducidos á una mitad por las jornadas de Czarnowo, de Pultusk, de Golymin y de Eylau, y que merced á una administración bárbara se mantenían solamente de patatas que rebuscaban bajo la nieve escarbando la tierra con sus bayonetas, pensaban de muy diverso modo, y se expresaban en un lenguaje muy distinto del que usaban los cortesanos de San Petersburgo. Llenos de admiración hacia el ejército francés, y sin experimentar contra él ninguna de esas antipatías nacionales que la vecindad y hasta la comunidad de origen inspiran á veces á los pueblos, murmuraban de que se les hiciese derramar su sangre por favorecer á los ingleses, que no se apresuraban á apoyarlos, y á los prusianos, que casi no sabían defenderse.

Los oficiales rusos que razonaban no podían menos de mezclar en todos sus discursos la idea de que la Francia y la Rusia, á la distancia en que se hallan, nada tenían que disputarse una á otra. Muchos de nuestros oficiales, que habían sido prisioneros y canjeados, recogieron sobre este asunto las expresiones más significativas de boca del mismo príncipe Bagration, el más valiente de los generales rusos y el que solía mandar alternativamente las vanguardias y retaguardias enemigas, las vanguardias en los ataques, y las retaguardias en las retiradas.

Estos pormenores daban en qué pensar á Napoleón, el cual, aun en medio de los horrores de la presente guerra, juzgaba que convendría quizás ponerse por fin de acuerdo con la Rusia para cerrar á la Inglaterra los puertos y los gabinetes del continente. Pero si bien podía concebirse esta alianza, no podía ciertamente esperarse la ocasión de prepararla y concluirla entre dos batallas, sin más medios para entenderse con las avanzadas que el toque de la trompeta. Esta imposibilidad actual le obligaba á volver los ojos al Austria. Recordando lo que le había dicho en Wurtzburgo al archiduque Fernando, volvía á pensar de nuevo en una alianza con la corte de Viena, á pesar de los armamentos con que ésta le amenazaba, especialmente ahora que podía restituirle lo que medio siglo antes la hubiera colmado de júbilo, es decir, la Silesia, esa Lombardía del Norte cuya pérdida tanto le había pesado y que tantos esfuerzos había hecho por recuperar, hasta el punto de haber

llegado á ser por espacio de treinta años la aliada de la Francia. Trasladado del vivac de Osterode al palacio de Finkenstein, y desde allí recorriendo unas veces sus acantonamientos á caballo y haciendo hasta treinta leguas en un día, otras carteándose con sus agentes de Polonia para los suministros del ejército ó con sus ministros de París con la administración del imperio, otras por fin pasando las largas noches del Norte en rumiar en su cabeza planes de política general, después de haber pesado bien las ventajas y contras de todas las alianzas, acabó por reducirse á dos solamente, y por convenirse de que era indispensable optar la del Austria y la de la Rusia. Escribiendo á Mr. de Talleyrand, que continuaba en Varsovia dirigiendo desde allí las relaciones exteriores, le dijo: «*Es preciso que acabe todo en un sistema con la Rusia ó con el Austria*. Piénselo usted bien, fije sus ideas, y obligue al Austria á explicarse de una manera categórica.»

Pero el Austria se rodeaba de tinieblas impenetrables. Mientras el general Andreossy, embajador nuestro en Viena, denunciaba diariamente actos hostiles de su parte como los alistamientos, las compras de caballos y los acopios de víveres, el general barón de Vincent, enviado á Varsovia por la corte de Austria, afirmaba sin cesar por el contrario, con toda apariencia de franqueza, que el Austria, enervada ya, era incapaz de mover guerra; que estaba resuelta á no romper la paz á no ser que se la hostigase con tratamientos que no pudiera soportar; y que si tomaba algunas precauciones no debían mirarse como preparativos hostiles ó peligrosos para la Francia, sino como medidas de prudencia sugeridas por una guerra espantosa que ardía en todo el confin de sus fronteras, y principalmente por el estado de las Galitzias, muy resentidas con el levantamiento de la Polonia. A tal punto lo creyó así Mr. de Talleyrand, que no cesaba de denunciar á Napoleón al general Andreossy como un agente pernicioso que no sabía observar ni juzgar de lo que ocurría donde estaba, y que bastaba por sí solo, si se le prestaban oídos, para enemistar á las dos cortes á fuerza de informes inexactos y malévolos.

Pero Napoleón, á pesar de que podía como cualquiera otro inclinarse á creer lo que más le lisonjaba, y aunque se hubiera holgado mucho de que el Austria no pudiera recobrase de los reveses de Ulm y de Austerlitz, ni faltar jamás á una palabra solemne que él personalmente había recibido de ella en el vivac de Urchitz, sin embargo, escarmentado é ilustrado por el peligro, se fió más del general Andreossy que del barón de Vincent. — No negaré, escribió á Mr. de Talleyrand, que el general Andreossy sea en cierto modo un visionario, un observador adocenado que exagere lo que ve; pero usted es un hombre crédulo, tan propenso á dejarse seducir como diestro en seducir á los demás. Basta halagarle á usted para engañarle. Mr. de Vincent, lisonjeándole á usted, abusa de su credulidad. El Austria nos teme, pero también nos aborrece, y se está armando para aprovecharse de cualquier revés. Si conseguimos una victoria señalada á la primavera, se conducirá lo mismo que se condujo Mr. de Haugwitz el día después de Austerlitz, y usted tendrá razón; pero con sólo que la guerra sea dudosa, volveremos á encontrárnosla levantada en armas á nuestras espaldas. Sin embargo, es preciso obligarla á que se declare. Hace muy mal en efecto de no

entenderse hoy con nosotros y de no sacar partido de nuestra momentánea dominación en la Prusia para recobrar lo que le quitó Federico. Podría, si quisiera, desquitarse en un solo día de todo lo perdido en medio siglo, y restaurar el poderío de la casa de Austria tan cercenado ya por la Prusia y por la Francia; pero para esto es menester que se explique abiertamente. Si quiere indemnizarse de lo que ha perdido, le ofrezco la Silesia; si le inspira recelos el estado de Oriente, estoy dispuesto á tranquilizarla sobre la suerte reservada al Danubio inferior, disponiendo como ella quiera de la Valaquia y de la Moldavia. Si le inspira inquietudes nuestra presencia en la Dalmacia, estoy pronto á hacer por este lado sacrificios con un cambio de territorio. Por último, si lo que dispone es la guerra para probar por última vez el poder de sus armas, aprovechándose de la liga del continente entero contra nosotros, acepto este nuevo adversario; pero que no espere sorprenderse. Sólo es permitido á las mujeres y á los niños imaginarse que irá á internarse en los desiertos de la Rusia sin tomar mis precauciones. El Austria no me hollará desprevenido; la Sajonia, la Baviera y la Italia suscitarán ejércitos contra su marcha, y después me verá revolverme contra ella y dejarme caer con todas mis fuerzas sobre sus ejércitos para aniquilarlos, y tratarla como no he tratado á ninguna de las potencias que he vencido. Haré con ella por su mala fe un escarmiento terrible y ruidoso que no tenga comparación con la suerte actual de la Prusia. Que se explique, pues, y que sepa yo á qué atenerme sobre sus disposiciones.

Recomendó Napoleón á Mr. de Talleyrand que no dejase descansar á Mr. Vincent y que sondease cuantas veces pudiera los abismos de la política austriaca. Mr. de Talleyrand, estimulado por el emperador, repartía su tiempo entre las exhortaciones que hacía al gobierno polaco para que reuniese víveres y transportes, y las entrevistas que celebraba con Mr. de Vincent para arrancarle con astucia el secreto de su corte. Escudriñaba para sorprenderlo las expresiones más indiferentes del enviado austriaco y los movimientos más imperceptibles de su fisonomía. Ya se mostraba con él confiado y halagüeño, procurando estimularle á la franqueza con un abandono completo; ya intentaba sorprenderle y asustarle, estrechándole de una manera brusca y presentando á su vista con simulada cólera los estados enviados de Viena sobre los armamentos. Mr. Vincent, ya fuese con astucia, ya con sinceridad, repetía siempre lo mismo, que la corte de Viena ni quería ni podía hacer la guerra, y que se limitaba á estar prevenida sin tratar de atacar á nadie. Sin embargo, cuando Mr. de Talleyrand externándose más llegó á hablar de la Silesia, de las provincias del Danubio y de la Dalmacia como recompensa de una alianza, el ministro austriaco contestó que carecía de instrucciones para un negocio de tanta importancia, y pidió tiempo para entenderse con su corte, lo que hizo comunicando inmediatamente á monsieur de Stadion las insinuaciones de Mr. de Talleyrand.

Mr. de Stadion dirigía en aquella época los negocios extranjeros del Austria en un sentido más hostil aún á la Francia de lo que lo habían hecho los Cobentzel; pero, para hacerle completa justicia, disfrazando menos sus ánimos hostiles bajo las apariencias de la cordiali-



dad. Por otra parte sabía, aunque rencoroso, reprimirse y mantenerse en una reserva decorosa.

Fácil era penetrar el secreto de Stadion y de su corte con sólo descartar las apariencias lisonjeras, y considerar las cosas en su esencia, que á la verdad era muy poco halagüeña. Armábase el Austria para aprovecharse de nuestros reveses, cosa muy natural en ella, y era craso error el suponer que podríamos con ofertas deslumbradoras atraernos esta potencia vengativa. Animábala, en efecto, un rencor que la hubiera impedido apreciar en su justo valor cualquier ventaja real y positiva que se le hubiera ofrecido, y más aún una ventaja insuficiente, como, por ejemplo, parte de la Silesia, de la Moldavia ó de la Dalmacia, y muy inferior á todo lo que había perdido en los últimos quince años. Sin embargo, la hubiera aceptado sin duda alguna á pesar de ser insuficiente, si hubiera creído que en el estado actual del mundo podía darse alguna cosa de un modo sólido y duradero. Pero en aquel trastorno continuo de los Estados europeos no creía que hubiese nada permanente, y no estaba dispuesta á recibir en compensación de unas provincias hereditarias, agregadas desde muy antiguo á su casa, unas provincias adjudicadas por la política de aquel momento, que podían darse y quitarse con la misma facilidad, y que por otra parte hubiera sido preciso comprar con una guerra contra los propios aliados comunes en provecho de aquel á quien acusaba como autor de todos sus males. Nada, pues, debía inspirarle en Napoleón ni atractivo ni confianza, y era desde luego segura su repulsa á cuantos ofrecimientos se le hiciesen en su nombre; pero apremiada á responder á las preguntas que se le hacían, no podía reducirse ni á un silencio absoluto ni á una negativa general á toda proposición, é ideó, por lo tanto, un medio que le suministraba por de pronto una respuesta decorosa, y que le aseguraba para más adelante el sacar partido de los acontecimientos, cualesquiera que fuesen, cual fué ofrecer á la Francia su mediación para con las cortes beligerantes. No cabía cálculo mejor para lo presente y lo venidero. En cuanto á lo presente, probaba que quería la paz cooperando para conseguirla; en cuanto á lo venidero, ocupábase resueltamente en buscarla y cuidaba además de ajustar sus condiciones á las exigencias de su política si triunfaba Napoleón. Si por el contrario el triunfo de Napoleón era dudoso, ó salía vencido, pasaba de una mediación modesta á una mediación forzosa. Refrenábase ó le confundía según las circunstancias; proporcionábase en suma el medio de entrar á su antojo en la contienda, y de conducirse en ella, después de haber entrado, según le aconsejase la fortuna.

Encargó Mr. de Stadion al barón de Vincent que respondiese á Mr. de Talleyrand que la corte de Viena estaba muy agradecida á los ofrecimientos del emperador de los franceses, pero por ventajosos que fueran no era posible aceptarlos, porque arrastrarían consigo la guerra, ya con los alemanes que eran sus paisanos, ya con los rusos que eran sus aliados, y que por ningún pretexto se quería la guerra con nadie, declarándose desde luego el Austria incapaz de sostenerla (confesión poco peligrosa en una época en que aquella nación hacía los preparativos militares más imponentes); que sólo se buscaba la paz, que se creía preferible á las más ventajosas adquisiciones; que en prueba de este

amor á la paz se ofrecía desde luego á intervenir para negociarla, y que, si la Francia se prestaba á ello, se respondía de que la admitiesen los gabinetes de Berlín, de San Petersburgo y de Londres; que el ministro del emperador Alejandro, Mr. de Budberg, consultado sobre este punto, había aceptado los buenos oficios de la corte de Viena, y que en Londres, habiéndose encargado de la dirección de los negocios otro gabinete (el de Castlereagh y Canning), era probable encontrar disposiciones pacíficas en estos nuevos representantes de la política inglesa, que regularmente se holgarían de poderse popularizar en Inglaterra inaugurando con la paz su promoción. Encargaba Mr. de Stadion que se añadiese que el gabinete de Viena se estimaría muy dichoso si el omnipotente emperador de los franceses consideraba esta oferta como una muestra de los sentimientos de desinterés y concordia que animaban al emperador de Austria.

El omnipotente emperador de los franceses tenía tanta penetración como poderío, y así que le enviaron esta respuesta de Varsovia á Finkenstein conoció sin engañarse lo que realmente pasaba. Comprendió su alcance con la misma prontitud con que hubiera podido descubrir los movimientos de un ejército enemigo en el campo de batalla.—Este es el primer paso del Austria, respondió inmediatamente á Mr. de Talleyrand, este es el principio de su intervención en los acontecimientos. Resuelta á no tomar parte en la lucha que sostienen la Francia, la Prusia, la Rusia y la Inglaterra, tampoco hubiera querido comprometerse llevando proposiciones de unas á otras; pero ofrecerse como medianera es disponerse á la guerra, es buscar un medio decoroso para tomar parte en ella, medio que necesita después de las declaraciones de gabinete á gabinete y de los juramentos de soberano á soberano con los cuales ha prometido mantenerse siempre extraña á la contienda. Lo que nos sucede, añadió Napoleón, es una desgracia, porque esto nos presagia la presencia de un ejército austriaco en el Óder y en el Elba mientras nosotros estamos en el Vístula, pero es imposible rechazar esta mediación. Si así lo hiciéramos, incurriríamos en contradicción con nuestro lenguaje habitual, reducido siempre á mostrarnos dispuestos á la paz, sería sobre todo exponernos á precipitar las determinaciones del Austria con una negativa perentoria que pudiera humillarla y obligarla á tomar una resolución inmediata. Conviene, pues, ganar tiempo, y responder que el ofrecimiento de mediación es demasiado indirecto para poderlo aceptar de una manera positiva, pero que en todo caso los buenos oficios de la corte de Viena serán siempre recibidos con gratitud y confianza.

Mr. de Talleyrand, dirigido por Napoleón, dió á monsieur de Vincent la respuesta que se le ordenaba, y se mostró en cierta manera dispuesto á aceptar la mediación del Austria, pero aparentando dudar al mismo tiempo que la oferta de esta mediación fuese formal. Mr. de Vincent afirmó por el contrario que era tal en efecto, declarando que para mayor seguridad iba á consultar con su corte. Escribió por lo tanto á Mr. de Stadion, el cual por su parte no hizo esperar la respuesta: efectivamente, de allí á pocos días anunció la corte de Viena que estaba dispuesta á salir de las meras invitaciones y á entablar una proposición formal; que estaba cierta de que sería admitida su mediación en San Pe-

tersburgo y en Londres; que además aquel mismo día dirigía un ofrecimiento formal así á la Francia como á la Prusia y á la Inglaterra, y por último, que esperaba sobre este asunto la decisión terminante del emperador Napoleón.

Esta respuesta, tan pronta y categórica, robustecida con unos armamentos que ya no podían ponerse en duda, le pareció á Napoleón un acto de gravedad suma, cuya trascendencia era imposible desconocer, y al cual desgraciadamente no se podía replicar, sino con una aceptación, aunque convenía guardarse contra sus consecuencias con precauciones inmedias é imponentes. Escribió en este sentido á Mr. de Talleyrand, y le envió desde Finkenstein el borrador que reproducimos, previniéndole al mismo tiempo que iba á agregar á esta nota nuevos preparativos, más formidables que nunca, y de los cuales convendría informar inmediatamente al Austria para que supiese de qué manera iba á ser recibida su intervención, amistosa ú hostil, diplomática ó belicosa.

La respuesta á la oferta de mediación estaba concedida en estos términos:

«El ministro de relaciones exteriores que suscribe ha presentado á S. M. el emperador y rey la nota que ha sido remitida por el señor barón de Vincent.

»El emperador acepta para sí y para sus aliados la intervención amistosa del emperador Francisco II para el restablecimiento de la paz, tan necesaria á todos los pueblos. Sólo abriga un temor, y es que la potencia que hasta ahora parece haberse propuesto por sistema fundar su poderío y su grandeza en las escisiones del continente, trate de sacar de este medio nuevos motivos de acrimonia y nuevos pretextos de disensiones. Sin embargo, la Francia, que como sabe la Europa entera se ha visto arrastrada á su pesar á hacer la última guerra, no puede menos de aprovechar cualquier esperanza de poner término á la efusión de sangre y restituir por fin la tranquilidad á tantas familias.

»Por otra parte, el emperador Napoleón ve en esta circunstancia una proporción natural para atestiguar, de una manera ostensible, al soberano del Austria, la confianza que le inspira y el deseo que le anima de ver estrecharse entre los dos pueblos los vínculos que en otro tiempo constituyeron la base de su prosperidad común, y que pueden hoy más que cualquiera otra circunstancia consolidar su tranquilidad y bienestar.»

En estas negociaciones transcurrió todo el mes de marzo. La estación era ya rigurosa; el frío que se había esperado en vano durante el invierno se hacía sentir en la primavera, y por lo tanto había que retardar más las operaciones militares. Resolvió Napoleón aprovechar este aplazamiento para dar á sus fuerzas un desarrollo inmenso, y tan formidable en la apariencia como debía serlo en la realidad. Era su intención aumentar una tercera parte por lo menos su ejército activo, sin comprometer demasiado la defensa de la Italia ó de la Francia, y formar sobre el Elba un ejército de reserva de cien mil hombres para poder aniquilar lo mismo á los rusos que á los prusianos desde el primer momento de la campaña, y volverse en caso necesario contra el Austria si ésta se decidía á tomar parte en la guerra.

Para conseguir este doble resultado, resolvió decretar se hiciese el alistamiento correspondiente á 1808, á pe-

sar de hallarse en marzo de 1807. Ya en 1806 había dispuesto del de 1807, y en 1805 del de 1806, con intención de proporcionar á los quintos doce ó quince meses de aprendizaje, y de tener sus depósitos siempre provistos. La fuerza efectiva del ejército francés, que con el alistamiento de 1807 había subido de quinientos dos mil hombres á quinientos ochenta mil, iba á subir con el de 1808 á cerca de seiscientos cincuenta mil, sin contar con los aliados. Gracias al arte con que manejaba sus recursos, iba Napoleón á proporcionarse con este aumento de fuerza efectiva el medio de ocurrir á todas sus necesidades y de hacer frente á todos los acontecimientos.

Pero después de haber decretado en noviembre de 1806 el alistamiento correspondiente á 1807, no era muy fácil exigir en marzo de 1807 el alistamiento de 1808; equivalía esto á hacer dos alistamientos en el espacio de cinco meses y á enganchar en el servicio ciento cincuenta mil hombres á la vez. Pero Napoleón se encargó de redactar el decreto por sí mismo, y enviándolo inmediatamente al archicanciller Cambaceres, que hacía sus veces al frente del gobierno, y á Mr. Lacuée, que estaba encargado de hacer los llamamientos, les dió á ambos, que ya tenía previstas las objeciones á que podía dar lugar semejante medida; pero que era menester no vacilar un solo instante, porque si consentían que se hiciese una sola objeción en el consejo de estado ó en el senado, esta oposición debilitaría su fuerza moral á los ojos de la Europa, se echaría encima el Austria, y entonces ya no bastaría decretar uno ó dos alistamientos, sino que sería forzoso reclamar tres ó cuatro á un tiempo, inútilmente quizás, para ser al fin vencidos.—Es menester, escribía, no mirar las cosas de un modo mezquino, sino en grande, y sobre todo desde el punto de vista de sus consecuencias políticas. Un alistamiento anunciado y resuelto sin titubear, alistamiento que quizás no exigiré, y que seguramente no enviaré al ejército activo, puesto que no trato de sostener la guerra con niños, desarmaría indefectiblemente al Austria. Por el contrario, la más leve incertidumbre le haría empuñar las armas de nuevo para esgrimir las contra nosotros. Que no haya, pues, objeciones, repeta, sino que se ejecute puntual é inmediatamente el decreto que dirijo á ustedes, porque es el único medio de conseguir la paz pronto y de una manera completa y gloriosa.

Después de haber mandado este decreto á París, le envió Napoleón á Varsovia á Mr. de Talleyrand, amonestándole que lo trasladase á Mr. de Vincent, con expresa recomendación de revelar á este el nuevo aumento de fuerzas que se disponía en Francia, de presentarle el cálculo de los gastos que aquella ocasionaría á todas las potencias beligerantes, y al Austria en particular; que le declarase sin rodeos que se había conocido el pensamiento de la mediación, que se aceptaba ésta, pero no sin ignorar su significado; que era laudable el ofrecer la paz, pero que debía ofrecerse empuñando un *bastón blanco*; que los armamentos del Austria, que ya no podían negarse, decían muy mal con una oferta de mediación; que el explicarse con esta franqueza tenía por objeto evitar males y ahorrar reveses á la misma Austria; que si ésta quería enviar oficiales austriacos á Francia y á Italia, el gobierno francés se comprometía á facilitarles la inspección de sus depósitos, de sus campa-



mentos de reserva y de las divisiones que estaban en marcha, con lo cual verían que además de los trescientos mil franceses ya presentes en Alemania, se disponía á atravesar el Rhin otro ejército de cien mil hombres para reprimir cualquier movimiento hostil dispuesto por la corte de Viena.

Estas comunicaciones eran sumamente oportunas. Mr. de Vincent no supo dominar su emoción al saber el nuevo aumento de nuestras fuerzas, y volvió á hacer otras mil protestas en nombre de su gobierno sobre sus pacíficas intenciones. Decía que los movimientos de tropas de que se quejaba el gobierno francés, eran meramente los síntomas de una obra de reorganización emprendida por el archiduque Carlos para hacer el ejército austriaco menos costoso, é introducir en él diversas mejoras tomadas de los ejércitos franceses. Añadía, que si bien parecían aproximarse á las fronteras de Polonia algunos cuerpos, no eran más que precauciones que se tomaban para reprimir las Galitzias, que andaban revueltas con los acontecimientos del país vecino; que la oferta de mediación sólo debía considerarse como una prueba del deseo de poner término á la guerra que asolaba al mundo, y que era preciso ver en ella, no ya un deseo de entrometerse en esta guerra, sino, por el contrario, una voluntad decidida y leal de que acabase; que por lo demás, pronto hablarían los resultados, y entonces se podría juzgar de la sinceridad con que hablaba el Austria por su persistencia en mantenerse neutral.

Las instancias de Napoleón en París no eran menos oportunas que sus comunicaciones á la corte de Viena.

Aunque su estrella brillaba todavía con todo su resplandor, aunque los portentos de Austerlitz y Jena no hubiesen aún perdido nada de su prestigio, aunque á todos admirase como era regular el espectáculo grande y prodigioso de un ejército francés invernando pacíficamente en el Vístula, algunos detractores, en presencia de Napoleón muy obsequiosos y á sus espaldas muy denigrantes, hacían rebozadamente observaciones muy amargas sobre la sangrienta carnicería de Eylau y sobre la dificultad de llevar la guerra á tan largas distancias; y no hubiera sido menester mucho para que los ánimos, siempre dispuestos en Francia á exagerar el lado débil de las cosas, se hubiesen decidido á trocar en censura la admiración continua de que Napoleón había sido constantemente objeto desde que manejaba los destinos de la Francia. El prudente Cambaceres advertía estos síntomas, y temiendo cuánto podía ser pernicioso al gobierno imperial, hubiera querido desarmar á los críticos evitando que el país se gravase con nuevas cargas. Monsieur Lacuée, juzgando la situación desde un punto menos elevado, y sin considerar más que las penalidades materiales de la población, temía que con renovar uno tras otro dos alistamientos de ochenta mil hombres, el uno en noviembre de 1806 y el otro en marzo de 1807, sobre todo después de los que habían precedido en 1805, alistamientos exclusivamente consagrados á aumentar cada vez más el ejército sin licenciar un solo hombre, se produjese el lastimoso efecto de privar á la agricultura de sus brazos y á las familias de sus apoyos. Por lo tanto, Cambaceres y Lacuée estaban dispuestos á presentar algunas objeciones, y pedir que se retardase un tanto la exacción de aquella nueva contribución de

sangre. Guiábales un sentimiento de honradez y de prudencia, y hubiera sido de desear para Napoleón que tuviesen muchos á la sazón el valor de hacer resonar en sus oídos, antes que estallase, el clamor de las madres desesperadas, clamor que todavía no era amenazante, pero que algunas veces se alzaba sordamente en los corazones con la noticia de cualquier gran carnicería como la de Eylau. Sin embargo, aunque se le dijese á Napoleón la verdad como á modo de lección provechosa para lo venidero, lo más acertado por entonces era condescender con su voluntad, porque no había cosa más útil en beneficio de la misma paz que el nuevo aumento de fuerzas que acababa de decretar. Así, pues, las objeciones de Cambaceres y de Lacuée, remitidas por escrito al cuartel general, pero sofocadas en breve por las cartas posteriores que de allí se enviaron una tras otra, no produjeron el menor retardo en la presentación, adopción y cumplimiento del decreto que convocaba la conscripción de 1808 (1).

Napoleón se apresuró á emplear estos nuevos recursos según más convenía á sus vastos designios. Según ya hemos dicho, había sacado de Francia desde su entrada en Polonia siete regimientos de infantería; de París el 15 ligero, el 58 de línea, el primer regimiento de fusileros de la guardia y un regimiento de guardia municipal, de Brest el 15 de línea, de Saint-Ló el 31, de Boloña el 19. Sacó de Italia cinco regimientos de cazadores de caballería y cuatro regimientos de coraceros. La mayor parte de estos cuerpos acababan de llegar de Alemania. Los regimientos 19, 15 y 58 de línea y el 15 ligero se acercaban á Berlín é iban á cooperar al asedio de Dantzig. Estaban en marcha el primer regimiento de fusileros de la guardia y el de la guardia municipal. Los cuatro regimientos de coraceros procedentes de Italia se hallaban ya en el Vístula á las órdenes de un oficial de mérito eminente, que era el general d'Espagne. De los cinco regimientos de cazadores de caballería, dos, el 19 y el 23, se habían reunido con el general Lefebvre bajo los muros de Dantzig; el 15 estaba de remonta en el Hannover; los otros dos llegaban á marchas forzadas.

Los regimientos provisionales ó regimientos de marcha habían atravesado ya la Alemania en número de doce de infantería y cuatro de caballería. Habían sido revistados en el Vístula, disueltos y enviados á los cuerpos acampados en el Passarge, espectáculo siempre satisfactorio para el ejército, que veía llenarse los huecos que había en sus filas y oía hablar diariamente de los numerosos refuerzos que iban á cooperar con él. Si en los primeros días de su establecimiento en el Passarge

(1) En este decreto, aunque á una corporación como el senado, dispuesto á concedérselo todo, creyó Napoleón deber lisonjear á los senadores, prometiéndoles valerse de sus luces para persuadir á la juventud, que sacrificaba á su ambición, de que la disciplina y la paciencia en las fatigas y trabajos de la guerra son la principal garantía de la victoria. Después hacía una pomposa enumeración de los triunfos que había alcanzado en el espacio de seis meses, dilatando sus conquistas hasta los desiertos de la Polonia, para venir á parar en que había perdido la flor de los ejércitos sacados de Francia en una empresa en que ya no podía perseverar sin nuevas y cuantiosas contribuciones de sangre! Terminaba este curioso documento protestando que si pedía nuevos ejércitos no era para abusar de la paciencia de sus pueblos, sino para celebrar una paz sólida ofrecida antes á la Inglaterra. ¡Y en el senado de París no hubo una voz enérgica que contrastase tan bárbara medida!

no podía presentar en un punto dado setenta y cinco ú ochenta mil hombres, ahora podía ocurrir con cien mil á cualquier ataque repentino. Los víveres llevados de todas partes al Vístula y transportados desde allí á los diversos acantonamientos por medio de los carros esta blecidos en las diversas localidades, bastaban para cubrir la ración diaria, y empezaban á acumularse provisiones de reserva para el caso en que ocurriera algún movimiento imprevisto. El ejército, bien mantenido y abrigado, estaba en excelente espíritu. La caballería pesada y la de línea fueron trasladadas al Vístula inferior para que se aprovecharan del forraje que abundaba hacia su embocadura. Los regimientos de caballería, que habían quedado de observación al frente de los campamentos, iban alternando para disfrutar de la tranquilidad y de la abundancia que en las orillas del Vístula reinaba. Napoleón, que había querido aumentar la caballería desde cincuenta y cuatro á sesenta mil hombres y después á setenta mil, acababa de dar órdenes para que se aumentase hasta ochenta mil caballos. Ya la campaña había destruido diez y seis mil y tres ó cuatro mil jinetes habían quedado fuera de combate. Además de los caballos que se habían recogido en los ejércitos prusiano y hessense, había comprado Napoleón diez y siete mil en Alemania, y hacía ahora comprar en Francia otros doce mil para abastecer los depósitos. Las fortificaciones de Praga, Modlin y Sieroc, enteramente concluidas, presentaban, siendo de madera, la misma solidez que si fuesen de fábrica. Los acantonamientos del Passarge estaban provistos de sólidas cabezas de puente que permitían rechazar al enemigo y aun embestirle en caso necesario. La situación, pues, era no solamente segura, sino excelente en cuanto lo permitían el país y la estación.

Los cuerpos que estaban de marcha, merced á los depósitos de infantería y caballería establecidos en la ruta, donde depositaban los hombres y caballos cansados cambiándolos por los que habían dejado allí anteriormente otros cuerpos, llegaban al término de su viaje con la misma fuerza efectiva que á su partida. Los regimientos de coraceros procedentes de Nápoles, habían llegado al Vístula sin pérdida ninguna. Las poblaciones de Wittemberg, Potsdam, Berlín, Custrín, Posen, Thorn y Varsovia eran los puntos de descanso designados para las tropas procedentes de Italia por Parma, Milán y Augsburgo, y para las procedentes de Francia por Maguncia, Wurzburg, y Erfurth, en las cuales encontraban cuantos víveres y armas necesitaban, y además prendas de vestuario fabricadas en todas partes, así en París como en Berlín, así en la capital conquistada como en la capital conquistadora, porque Napoleón quería dar trabajo á los jornaleros de la una y de la otra. Sólo con esta solicitud continua podía estar provisto de lo necesario y mantenido en su fuerza efectiva á distancia de cuatrocientas ó quinientas leguas un ejército regular de cuatrocientos mil hombres, número quimérico cuando la antigüedad nos lo refiere (á no ser que se trate de una emigración de pueblos enteros), nunca leído en las historias modernas y por la primera vez reunido y aún superado en la época cuyo recuerdo vamos trazando.

Sacando partido del crecido número de reclutas que había en los depósitos, se ocupó Napoleón en hacer

salir de Francia y de Italia nuevas tropas, con la intención, como ya hemos dicho, de aumentar considerablemente el ejército activo del Vístula y de crear además un ejército de reserva en el Elba. Como de los depósitos podía sacar reclutas enteramente aleccionados, mandó al mariscal Kéllermann que aumentase hasta veinte el número de los regimientos provisionales de infantería, y hasta diez el de los regimientos provisionales de caballería; pero con la condición de que en estos regimientos no entrasen sino reclutas perfectamente instruidos y disciplinados. Ideó además otra combinación para utilizar á los reclutas cuya instrucción militar era incipiente, y fué la de organizar batallones llamados de guarnición, compuestos de hombres no disciplinados aún, ni aun siquiera uniformados, y mandarlos á Erfurth, Cassel, Magdeburgo, Hameln y Custrín, donde tenían tiempo para irse formando, haciendo disponibles las tropas aguerridas que habían quedado en estas plazas. Fijó la fuerza efectiva de estos batallones en unos diez ó doce mil hombres.

Después de ocuparse con los regimientos provisionales destinados al alistamiento de los cuerpos establecidos en el Vístula, quiso Napoleón aumentar los regimientos de infantería y de caballería sacados ya de Francia y de Italia, lo cual le era posible recurriendo á muchas combinaciones que él sólo era capaz de idear. Estaba en Braunau de guarnición el soberbio regimiento 3.º de línea, que se componía de tres batallones de guerra y tres mil cuatrocientos hombres de fuerza efectiva; le envió Napoleón sobre Berlín, trajo á Braunau en su lugar el 7.º de línea, sacado de la guarnición de Alejandría, y puso en Alejandría en lugar de éste dos regimientos de Nápoles que, habiendo sido batidos en Santa Eufemia tenían que volverse á organizar. Queriendo que en Italia sólo hubiese regimientos de dragones, sacó de allá el 14 de cazadores de á caballo, con lo cual debía subir á diez el número de los regimientos de caballería procedentes de Italia. Mandó formar en París el 2.º regimiento de fusileros de la guardia, lo que podía hacerse muy bien, teniendo para elegir reclutas de los dos llamamientos de 1807 y 1808. Destacó del campamento de Saint Ló el 5.º ligero, que en la actualidad no hacía allí falta, mandó encaminar desde París hacia el Rhin un regimiento de dragones de la guardia, á la sazón acampado en Meudón, el cual debía montarse en Potsdam. Igual orden dió para el 26 de cazadores, que se hallaba en Saumur, y que hacía disponible la tranquilidad completa que reinaba en la Vendée. Encargó que se le enviara un batallón de guardias marinas, muy útil para la navegación del Vístula. Eran, por consiguiente, tres regimientos franceses de infantería, otros tantos de caballería y un batallón de marinos los que sacaba de Francia y de Italia para que contribuyesen, ya á completar los cuerpos existentes, ya á organizar un nuevo cuerpo para el mariscal Lannes. Este mariscal había caído enfermo en Varsovia, entrando en su lugar Massena para el mando del quinto cuerpo; pero empezaba á restablecerse, y Napoleón, terminado el sitio de Dantzig, quería confiarle un cuerpo de reserva agregado al ejército activo, formado con una parte de las tropas empleadas en aquel sitio y con los nuevos regimientos sacados de Francia. El octavo cuerpo, mandado por el mariscal Mortier, compuesto de holandeses, italianos y